

El fenómeno Kirchner¹

Martha Zarif²

Producto de un inacabado ballottage, Néstor Kirchner debe ensayar la legitimidad de su poder a partir de un 22% del electorado. Para ello cuenta con dos grandes talentos: por un lado una extraordinaria capacidad para decodificar el sentir general frente al derrumbe del país y por otro lado una no menos extraordinaria desinhibición para ejercer una autoridad rayana en arbitrariedad. Dice lo que la gente quiere escuchar o la gente quiere escuchar lo que él dice. Aún no ha gobernado, todavía nadie sabe adónde va, pero los niveles de adhesión casi se mantienen incólumes y, si el caos creciente fuera el principio del orden, estamos detrás del orden.

Kirchner, como líder político, aparece más como gestor de la inmediatez que como administrador de la relación entre el imaginario popular, los imperativos de la cotidianidad y el proyecto que justifica el esfuerzo del conjunto de la sociedad.

El líder político en tanto administrador es el emergente de un modelo de país, de la forma de pensar la cosa pública y del estilo de vida de los ciudadanos.

El peronismo, construido en torno de un fuerte liderazgo, nunca ha conformado un partido político *stricto sensu* y se mantuvo en la condición de *movimiento*, posibilitándole esto la indefinición alternativa en el modelo, en la forma de pensar la cosa pública y consecuentemente en el estilo de vida que quiere para los ciudadanos; de este modo viene signando la suerte de la república en los últimos sesenta años.

En su último gobierno, durante un discurso en la Plaza de Mayo, Perón expulsó a un grupo disidente de jóvenes montoneros a quienes creía reclutados bajo el paternal paraguas del “movimiento peronista”.

¹ Conferencia presentada en el seminario «Chile y América Latina: Los nuevos liderazgos», organizado por la Facultad de Ciencias Políticas y Administración Pública de la Universidad Central de Chile, realizado entre el 29 al 31 de octubre del 2003.

² Sicóloga. Especializada en Comunicación Política. Consejera del Centro de Estudios Hemisféricos Alexis de Tocqueville de Buenos Aires. Miembro del Comité Internacional de la revista *Enfoques*, Instituto de Estudios y Gestión Pública, Facultad de Ciencias Políticas y Administración Pública, Universidad Central de Chile.

Se instala así la confrontación entre las dos Argentinas, tanto en el seno del peronismo como en el radicalismo, y se inaugura una forma de violencia que culmina con el último “proceso militar”.

Desde entonces el movimiento peronista se considera el natural depositario de ambas perspectivas: de este modo el peronismo *real* es el que está en el gobierno, y consecuentemente la Argentina parecería no haber decidido dónde quiere estar parada, qué tipo de país quiere ser, ni cuál es su cosmovisión, como resultado los liderazgos políticos surgen alternativamente de esa duda y ambigüedad.

Torcuato Di Tella, sociólogo y actual Secretario de Cultura de la Nación, en una disertación en la Fundación Italiani Europei, trató de explicar el peronismo y qué clase de peronismo representa el Presidente Kirchner. Para el sociólogo, después de acotar que “el peronismo se parece más a la izquierda autoritaria que al fascismo”, Kirchner encarnaría “un peronismo más limpio, que eliminó la parte neoliberal y corrupta (el sector menemista), así como los extremistas de derecha y de izquierda”... en la práctica, el peronismo de Kirchner, dice, es “una Socialdemocracia, que se va pareciendo cada vez más al Partido Demócrata de los EEUU, y que podría pasar a integrar la Internacional Socialista”.

Lo cierto es que, sea el peronismo una cultura o una escuela de poder, como dice el periodista Fernando Laborda, hoy ha producido el fenómeno Kirchner.

1. El Liderazgo Fungible

Los años sesenta fueron sin duda la década más crítica de la doble moral, posición que se va consolidando en los setenta. El último Perón reaparece en la Argentina cuando en el Continente ya habían adquirido protagonismo histórico el Che Guevara y la Cuba de Fidel. Con este Perón ambivalente se perfila esa cualidad de fungibilidad de los liderazgos actuales.

Como prólogo, el presidente Frondizi, con su apertura al capital y empresas extranjeras, inaugura las políticas de marchas y contramarchas. El siguiente, el presidente Illía, en nombre del nacionalismo, concreta triunfalmente y a “plaza llena” la ruptura de los contratos con las petroleras extranjeras, el desmantelamiento de plantas y fábricas y el abandono de la Patagonia como “polo de desarrollo” y emblema del desarrollismo frondicista. Desde entonces, el devenir político está plagado de contradicciones y el discurso político cae en el descrédito ante la necesidad de conciliar entre las promesas electoralistas y las realidades de gobierno.

Cabe aclarar que ambos Presidentes de origen radical, además de ser *un impasse*, acceden al gobierno *por el peronismo*. El primero, Frondizi, “a través de su pacto con Perón”, e Illía, por la *proscripción del peronismo*; por cortas o por mangas *siempre el peronismo es el centro de la escena*.

Este tipo particular de liderazgo no es privativo de la Argentina sino resultante de las nuevas dinámicas en el ejercicio del poder.

El Liderazgo Fungible coincide con esta modernidad informe. A este respecto Zygmunt Bauman en “La Modernidad Líquida” dice: “La desintegración de la trama social y el desmoronamiento de las agencias de acción colectiva suelen señalarse... como “*efecto colateral*” anticipado de la nueva levedad y fluidez de un poder cada vez más móvil, escurridizo, cambiante, evasivo y fugitivo. Pero la desintegración social es tanto una afección como un resultado de la nueva técnica del poder, que emplea como principales instrumentos el descompromiso y el arte de la huida”.

La cualidad de fungible es resultante de la asincronía entre la promesa y la realización. El líder es consumido en esa contradicción, conciente de su insustancialidad e intrascendencia, y en la creencia de que el proyecto no es *la cosa pública* sino que le pertenece, alucina un tiempo suplementario que explica la reelección como meta y práctica del poder en todos los ámbitos de la conducción política.

La incerteza, como sentimiento endémico de la época, conduce a vivir eufóricamente el presente, ignorar o rumiar el pasado y alucinar el futuro.

Las consecuencias que para una comunidad produce la falta de futuro, la tiranía del presente y la remoción necrofílica del pasado *son más que graves*. La prevalencia de lo inalcanzable, lo contingente o lo inmodificable impactan como una singular manera de vivir los valores preventivos y primarios de la organización social, llámense seguridad, protección, producción, trabajo, salud o educación.

El liderazgo, coincidente con esta vivencia de la temporalidad, se debate entre la realidad y el proyecto. La realidad “lo consume” y con el proyecto ilusiona un arquetipo de calidad de vida.

El líder se limita a la contingencia y restringe la acción a metas de corto plazo; dicho de otra manera, el líder está condenado a administrar la duración, que dista mucho de ser la consecución de un proyecto.

En dos trabajos publicados en *La Nación*, de fechas 22/5/2003 y 15/10/2003, titulados “El Nuevo Modo de Gobernar” y “El Nuevo Modo de Pensar la Política” respectivamente, el sociólogo José Enrique Miguens, limita la acción gubernamental a la resolución del presente, y convoca con ello a una nueva forma de hacer política, recurriendo al término del filósofo John Dewey, *piecemeal approach*, es decir, el solucionar los problemas uno por uno y gradualmente. Asevera que es la manera recomendada de gobernar en las democracias.

Miguens se fundamenta (en sus palabras) “en haber tomado como punto de partida los horrores que debimos soportar los últimos 25 años, que llevaron a la sociedad argentina a realizar un verdadero *aprendizaje social* que la hace repudiar visceralmente

actitudes y comportamientos políticos que antes no veía o no le importaban. Entre esos horrores se cuentan: prepotencia y violencia política de todos contra todos, asesinatos políticos de a miles, con cualquier justificación ideológica, inestabilidad política crónica, permanente inflación que desmoraliza a cualquiera, saqueo de los bienes públicos, corrupción generalizada e impúdica tanto en la esfera pública como en la privada, y nuestro sistema de justicia impredecible”.

Sobre este diagnóstico y sobre las primeras medidas de gobierno del Presidente Kirchner, aventura “que tenderán a desaparecer los viejos modos políticos usuales entre nosotros, con sus proclamas, sus adhesiones a modelos o sistemas de pensamiento, con enfrentamientos y polémicas que malgastaban nuestras escasas energías creativas y nos llevaron al desastre”.

En realidad, el término de 25 años soslaya la confrontación de los dos modelos de país que encuentra Perón después del exilio y que serían la simiente de grupos armados de siglas autóctonas e importadas. Miguens omite también entre lo que llama “horrores”, el saqueo a los bienes privados con la destrucción del ahorro y el salario, que no es menos desmoralizante y corrupto que la inflación. También soslaya que entre el estado de necesidad genuino, el tráfico y el clientelismo electoral, progenitores espurios de la beneficencia han destruido la moral de trabajo y el hábito del esfuerzo.

¿Cómo se conjuga este diagnóstico con la reiteración tanto en los discursos de campaña como en el de asunción de mando, de que él (Kirchner) no abandonaría sus convicciones en aras de pragmatismo alguno? ¿Las primeras medidas de gobierno, responderían a sus convicciones o a la necesidad de “solucionar los problemas concretos uno a uno”?

¿El Presidente Kirchner será un líder fungible más, conductor de un sector de la ciudadanía, de un modelo preconcebido de país?, o ¿será el Estadista que gestionará y liderará la Argentina en un nuevo orden mundial?

2. Por qué la Década de los Noventa no es una Década Más

La crisis del paradigma neoliberal y la globalización de la información han servido para promocionar las miserias humanas, las desigualdades económicas y la postergación sistemática de grandes regiones de la Tierra.

Los desafortunados mecanismos y programas de reforma económica de corte neoliberal aplicados a muchos países en desarrollo, al salpicar al liberalismo, que es una de las corrientes del pensamiento y acción más trascendentes de la historia, y a sus dos instituciones pilares: el gobierno representativo y republicano y la economía de mercado, **abona ideologías que creíamos superadas.**

J. J. Llach, ex Ministro de la Nación, puntualiza algunos de los errores y omisiones del neoliberalismo, son ellos: “El proteccionismo agroalimentario de los países desarrollados, la falta de definiciones sobre la necesidad de una estrategia de desarrollo, de apoyo a la ciencia y la tecnología y a los conjuntos de empresas, sobre todo PYMES (Pequeñas y Medianas Empresas), para producir bienes diferenciados y de valor agregado, de reformas adecuadas en materia de educación y de políticas eficaces para mejorar la distribución del ingreso”.

En este sentido los 90 no son una década más para los países en desarrollo. Tampoco lo son para los países desarrollados: la recesión económica mundial sumada al ataque terrorista del 11 de setiembre, disparador de una racionalidad cuestionada, vulneraron la convivencia democrática y con ella los más preciados valores de Occidente.

Después ya nada será lo mismo: por un lado el jaque a la economía mundial, por el otro la restricción de las libertades y garantías en pos de la seguridad que ha exacerbado los nacionalismos, las xenofobias y multiplicado los frentes de conflicto.

Las relaciones de fuerza han cambiado y, aunque con los mismos actores, otra es la partitura y otras las metas.

Hacia fines de los 90 se inicia en la Argentina el fin de un intenso pero breve romance con la opulencia. La cosmovisión menemista, con sus más y sus menos, se desploma, al tiempo que en la escena mundial el neoliberalismo es puesto en el banquillo de los acusados, tanto como proliferan los movimientos antiglobalización.

En este escenario hay que entender la llamada “década infame”, la reacción de una traicionada clase media en ascenso, frustrada y resentida, la demonización de Menem, más la multiplicación del fenómeno “piquetero”, a la sazón una masa de desocupados en su mayoría acreedores a planes sociales, considerados como producto de la destrucción de la empresa nacional y del achicamiento del Estado, que se concretó durante la gestión neoliberal menemista. (Por estas horas el Presidente Kirchner hace la misma lectura del episodio Bolivia). En este sentido recordemos afirmaciones de campaña electoral, cuando el por entonces candidato Kirchner hablaba de los “dos modelos opuestos” de país que estaban en cuestión.

El analista político Rosendo Fraga, en un trabajo reciente, afirma que “mientras en el campo económico se combinan el pragmatismo y la ideología, la condena a los 90 tiene una neta carga ideológica”.

La administración Menem con la corrupción que ya le es emblemática, involucra, curiosamente, la casi totalidad de los actores de la administración actual, que ahora tomaron distancia y devienen en jueces de la gestión “neoliberal”.

El implacable recorrido de la escobilla moral desconoce que el comportamiento corrupto es una resultante sistémica, no un tumor extraño extirpable puntualmen-

te, sino que está enquistado en una sociedad anárquica, indisciplinada, que se cohesionan sectaria, fugaz y emocionalmente.

El ciudadano argentino, acostumbrado al doble discurso con “el guiño a la izquierda y la acción a la derecha”, es consecuente con esta contradicción. El “como si”, hijo dilecto del gatopardismo, es el mal hábito argentino, “como si” combatiéramos la corrupción, “como si” hiciéramos justicia, “como si” propugnáramos la transparencia, “como si” termináramos con los privilegios, “como si” fuéramos capitalistas, “como si” fuéramos socialistas.

En este clima hay que hacer la lectura de los noventa y la Argentina a la que llega Kirchner.

3. El Tiempo de Kirchner

Acumular poder a través de resortes democráticos y sostener el fuerte apoyo inicial de la ciudadanía parece ser la meta inicial del Presidente Kirchner. La opinión pública, a la que el Presidente debe casi toda su legitimidad, se nutre de medidas sorprendentes y de decisiones drásticas. La opinión pública es antimenem, es decir, que por un artilugio lógico, le pertenece a Menem. En consecuencia el discurso tiene que ser antimenem y los golpes de efecto en el mismo sentido.

Sin embargo el Presidente Kirchner está acotado por el tablero del mundo. La amenaza del terror internacional es hoy, como es hoy la participación en Foros Internacionales donde la presencia Argentina debe ser clara y definir posiciones.

La necesidad de revisar las formas de convivencia global que hacen a la economía, a la cultura y al ecosistema, no exime a la Argentina de ocupar su lugar en el planeta y de formar parte, con otros países de la región, de una de las áreas de reserva para la vida. Esto constituye el desafío cuando el futuro se lee para adelante, es decir con prospectiva. Cuando se lee para atrás, o sea retrospectivamente, aparecen las suspicacias, las ideas de invasión y la necesidad de defensa territorial. Hoy defensa es prospectiva, no retrospectiva.

El Presidente Kirchner a veces lee para adelante, adhiere a los esfuerzos contra la lucha antiterrorista, a la búsqueda conjunta de una cohesión continental latinoamericana, pero su discurso doméstico se basa en la inmediatez efectista con una singular visión de la autoridad.

El Presidente Kirchner, movido por la necesidad de consolidar su autoridad y secundado por Cristina Fernández de Kirchner, senadora y esposa, viene realizando una maratón electoral por todo el país. ¿Qué es lo llamativo? Que lo que se llama transversalidad, con adhesiones por dentro y fuera del peronismo, es una suerte de alineación detrás de un modelo o de una cosmovisión, camuflado por un

estilo escénico y de comunicación novedosos y contrastantes con lo conocido. Este estilo k, de decisiones estridentes, desenfadado, austero, justiciero, arbitrario, audaz y hasta temerario, ha inmovilizado a la ciudadanía, bloqueando cualquier forma de oposición. Podría decirse que el Presidente Kirchner en cada área ha generado un frente de conflicto a modo de distractor o “ruido”. ¿Para qué? ¿Porque no hay un plan, como gustan decir los economistas, porque hay un plan que aún no conocemos o porque se está armando sobre la marcha?

La hegemonía de la figura presidencial es tanto deseable como necesaria. Pero como dice Félix Luna, “la hegemonía política debe ser aplicada con sabiduría”, de lo contrario, “sirve para reprimir a la oposición, para sofocar las libertades públicas o para fraguar trampas electorales; es entonces cuando una fuerza hegemónica se convierte en un peligro para la democracia”.

La controversia entre lo ideológico y lo pragmático acentúa el matiz dogmático en lo primero y la inconsistencia en lo segundo. La política militar del Presidente Kirchner evidencia este híbrido. Hace una lectura retrospectiva del futuro, para cerrar las heridas hay que reabrir las a la luz de una justicia diáfana. Esta teoría sobre el dolor, en la que el sufrimiento se cura con más sufrimiento y el “no olvidar”, no es novedosa, mantiene una herida abierta en Medio Oriente que alimenta una cultura de la guerra, a la que sumadas sus implicancias económicas se hace difícil ponerle fin. Hay otras experiencias en el mundo, de guerras civiles, en las que la prospectiva se puso por encima de la retrospectiva y se superaron las pérdidas de una comunidad con un horizonte de fertilidad y creación.

El Presidente Kirchner no se detiene en honduras históricas que con seguridad lo conducirían a la ecuanimidad; la opinión pública que lo sustenta busca *la justicia como venganza*, esto explica por qué la mayor parte de los pleitos son mediáticos y su vigencia efímera. Los conflictos no se dirimen en la razón sino que se satisfacen en la emoción.

El Presidente no es dogmático, al menos no se desprende de la lectura de sus discursos y entrevistas, pero sí sabe que en un país sin fe y sin esperanza, absolutamente insolidario, que converge fragmentariamente en torno de temas: *desaparecidos, desigualdad, inseguridad, privatizaciones, riqueza, pobreza, la palabra con carga dogmática tiene muchísimo peso.*

En muchos episodios ha mostrado una fuerte tendencia hegemónica que logra pilotear con gran habilidad; es el caso de su fricción con el Vicepresidente, el que dio un paso al costado reforzando la autoridad presidencial, o las denuncias de Elisa Carrió vinculadas a la censura periodística, que no prosperaron y el mismo periodismo se encargó de desmentir o atenuar.

Se está con nosotros o se está en contra de nosotros. Se está con nuestro proyecto o en contra de nuestro proyecto. Casi emulando al Presidente Bush que en una situación bélica y ante

una amenaza concreta produjo una fuerte adhesión mundial, el Presidente Kirchner, por ahora una promesa, cosecha muchas y fuertes adhesiones a un tácito proyecto.

4. La Argentina ¿está ante una situación límite?

Kirchner concita un inusitado consenso que es cualitativamente distinto al de presidentes anteriores. La *esperanza* de los argentinos hoy se parece bastante a *acechanza*, toda la sociedad está al acecho, cada sector espera agazapado detrás de una frustración específica. Es una esperanza con poca racionalidad en la que cada uno de los actores sociales ha vivido el sentirse cercado y experimenta una suerte de libertad condicional. Entre el argentino estafado de los cacerolazos y el “pique-tero” originario producto de la marginalidad del sistema; entre Kirchner, gobernador de Santa Cruz que no confía los fondos de su provincia a la inversión nacional y los deriva a la banca suiza, y Sobisch, gobernador de Neuquén recientemente reelegido, que se jacta de lo contrario, de haber invertido con éxito en obras públicas, hay dos países, dos criterios, dos formas de esperanza.

Para el argentino ya no hay evasión geográfica posible, sabe que hoy tiene que apostar a un pleno. Que tiene un espejo en que se debe mirar descarnadamente como comunidad. Ahí están la amenaza de disolución social y el desafío de construir. Al Presidente Kirchner le tocó esta encrucijada.

En un mundo individualizado, privatizado o globalizado, la “comunidad” como “hogar natural” de entendimiento tácito y pertenencia inconsciente *no es viable*. La construcción de la “identidad” es un artificio a partir de la pérdida de ingenuidad. Del “en sí” al “para sí”, de la comunidad a la sociedad, la búsqueda de identidad es lucha, separación, diferenciación y soledad.

Estamos frente a la oportunidad de “re-arraigar lo des-arraigado”. El Presidente Kirchner habla de re-fundar el país, reinstalar el poder de gestión del Estado a través de la Empresa Nacional, de la Empresa Estatal y de integrar e intercomunicar el territorio, casi simbólicamente, reimplantando el ferrocarril.

En contraste con la década de los 90, pareciera ser que *fortalecer el Estado hoy es consolidar la identidad nacional*.

El discurso del Presidente Kirchner se hace muy atractivo para un país atomizado en sus expectativas, tentado por una cierta irracionalidad de pretender “vivir con lo nuestro”, por retrotraerse al pasado y por soslayar los compromisos contraídos. En este contexto Kirchner parecería ser *el hombre correcto, en el lugar adecuado y en el momento justo*. Sin embargo cuando se consolide el poder, cuando la opinión pública claudique en su expectativa de revanchismo espectacular y aparezcan las concretas y urgentes necesidades de la población en su conjunto, estarán dadas las condiciones para que haga su aparición el genuino Kirchner, más allá del fenómeno “K”, producto de la desesperación argentina.